

SOLEDAD VARELA ORTEGA: UNA LECCIÓN DE VIDA

Josefa Martín García

José Pazó Espinosa

Departamento de Filología Española. UAM

1. RESUMEN

Hasta su jubilación en el año 2010, Soledad Varela Ortega fue profesora en el departamento de Filología Española de la Universidad Autónoma de Madrid. En este artículo queremos mostrar algunos rasgos de su ejemplar magisterio, de su compromiso con la enseñanza y la investigación, así como de su personalidad, a partir de los recuerdos que guardamos sus discípulos.



Soledad Varela Ortega

2. SEMBLANZA

En un artículo que Juan Benet escribió hace ya décadas para la prensa, decía que en la vida hay pequeños objetos que uno empieza a desenterrar, pensando que van a ser algo pequeño, pero que acaban siendo algo mucho mayor y desconocido. En realidad, se refería a la memoria. A cómo el recuerdo puede comenzar por un pequeño fragmento, un hecho casi olvidado, para acabar desenterrando algo mucho mayor, que ya ni sabíamos que estaba allí. Se refería a Proust y su reconstrucción del pasado a partir de un sabor, de un ruido, de un color. Pero también a su propia mente creativa, a su constante andar por las extrañas veredas de un país en guerra y unas regiones devastadas. Bueno, pues este artículo es algo así, la reconstrucción de una profesora a partir de unos recuerdos pequeños y casi olvidados; la rememoración de una maestra a partir de unos retazos que son pinceladas tomadas al socaire de los libros, al resguardo de los pupitres, en contra de un olvido tan incómodo como natural. Son unas palabras sobre nuestra maestra y amiga, sobre Soledad Varela Ortega.

La conocimos en las clases de Lengua Española y Morfología del español que se impartían en la licenciatura de Filología Española en la Universidad Autónoma de Madrid. En aquellos primeros momentos, muchos de nosotros no sabíamos que era la nieta de José Ortega y Gasset, aunque en cuanto lo sabíamos era fácil comprender la herencia de los huesos: aquella frente despejada, aquella nariz recta y clásica, aquella barbilla equilibrada, aquellas manos expresivas y elegantes... Pero, sobre todo, aquella voz serena y lúcida y aquella tranquilidad cómodamente asentada en las butacas de un lenguaje cortés y preciso. Soledad Varela exudaba inteligencia en la misma medida que exigía altura intelectual y compromiso. En aquellas clases, una de las principales sorpresas era su forma de enseñar.

No se sentaba en una mesa para leer unos apuntes, no usaba un libro de texto que seguir linealmente (como a veces era habitual), no. Soledad Varela, que en algún momento se transmutó en el más íntimo Paloma Varela, no leía desde la mesa; se paseaba por la clase mientras hablaba de forma modulada y rápida sobre autores anglosajones desconocidos y conceptos que salían de una mente y su red, no de un libro impreso o unas hojas manuscritas.

Los que tuvimos la suerte de estar en sus clases nos dimos cuenta muy pronto de su enorme compromiso con la enseñanza y el respeto por los estudiantes. Llevaba a estas clases teorías lingüísticas que en esos momentos estaban en auge, con el fin de analizar los casos del español. Siempre había algún dato que explicar y algún ejemplo que no encajaba con la descripción. A medida que la íbamos conociendo mejor, fuimos conscientes de que esta práctica le servía para involucrar a los estudiantes en la resolución de problemas y para mantenernos activos durante la clase. Este tipo de docencia implicaba además la aplicación de lo que se aprendía, así que al final de cada clase nos íbamos con unos cuantos problemas para resolver. Estas clases dejaron un recuerdo muy fuerte en nosotros. Recordamos con agrado aquella liberalidad intelectual enorme y aquel trato hacia el estudiante, muy especial y a la vez natural, haciéndolo protagonista de la asignatura y de sus palabras; en definitiva, cuidándolo con respeto y cariño, como si el estudiante fuera la auténtica finalidad de su trabajo. Quizá lo que siempre debería.

En algunos cursos, no solo en los de doctorado, nos asignaba trabajos. Organizaba todo un sistema de lecturas y exposiciones, y en unas semanas estábamos nosotros mismos –los estudiantes, esos seres acostumbrados a embutirse en unos pupitres demasiado pequeños mirando siempre hacia abajo– hablando desde el estrado. Para la asignación de trabajos, se presentó un día en clase con una columna de medio metro de artículos, muchos de ellos en inglés. Y nos pasamos gran parte del curso oyendo las presentaciones de otros compañeros. Después de cada presentación había un debate común sobre los puntos fuertes y los problemas del artículo y de lo presentado. De esta forma, en un curso habíamos leído los suficientes artículos como para tener un buen conocimiento reciente del campo.

Nuestras lecturas habrían servido bien de bibliografía de un artículo ajustado a ese momento del saber. Pero habíamos aprendido varias cosas más. La primera, que el buen profesor es un guía que te acompaña, no un sacerdote declamando desde el púlpito. Y que el estudiante puede, y seguramente debe, ser profesor de sí mismo y de sus compañeros. Aquellas clases eran un puzle hecho por todos, de forma desigual pero siempre interesante, porque en nuestras mentes se había despertado el espíritu crítico hacia lo que oíamos y hacia nuestra propia forma de presentarlo a los demás.

De una forma sutil, Paloma Varela nos había subido de nivel, había puesto, sin ningún alarde, unas alzas intelectuales en nuestros zapatos, en las que algunos nos sentíamos muy cómodos. Súbitamente, la lengua era interesante y hasta divertida. Estas clases fueron muy importantes para los que ya teníamos por entonces una vocación claramente lingüística; incluso, gracias a ellas, en algunos de nosotros empezó a despertarse un interés creciente por la morfología.

Cuando terminamos la carrera, en algunos casos espoleados por ella, decidimos seguir formándonos a su lado como becarios, como investigadores, como profesores. En ese momento, comenzamos a entrar en su red. Nos hablaba de la Fundación Ortega y Gasset, de las universidades de Estados Unidos, de los grupos de investigación en morfología. Y, de la misma forma que un gran recuerdo puede nacer de un indicio casi insignificante –un olor, un sabor, un sonido, una simple melodía–, nos dábamos cuenta de que Paloma era como un iceberg, que asomaba una parte fuera de la superficie académica de la UAM, pero que la mayoría de su masa intelectual y personal estaba bajo el agua, rodeada de reflejos.

En aquellos primeros momentos, ignorábamos que Soledad Varela (*aka* Paloma), como ya hemos dicho, era parte de la estirpe de Ortega y Gasset, que había estudiado en Penn State University, que se había formado en lingüística clásica, y que había sido estudiante de Lázaro Carreter. Todas esas

cosas, y muchas otras, las fuimos aprendiendo poco a poco, en las aulas y en su despacho de la UAM, y en la calle Fortuny, bajo las glicinias y los magnolios, entre otros lugares especiales.

Con los cursos de doctorado nos fuimos adentrando más en la investigación lingüística. Paloma Varela impartía su curso de morfología teórica dentro del programa de doctorado en *Lingüística Teórica y Adquisición del Lenguaje* en el Instituto Universitario Ortega y Gasset, uno de los programas de doctorado más innovador que había en esos momentos en la geografía española. Estos cursos de morfología contaron con la participación de morfólogos de renombre internacional como Geert Booij, James Harris, Franz Rainer, Sergio Scalise o Andrew Spencer, nombres que Paloma hizo muy cercanos e incluso familiares para nosotros, haciéndonos partícipes de esta familia morfológica. Conocíamos a los autores que leíamos, algo tan extraño en la educación pero tan conveniente. Además de reforzar nuestra formación teórica en los modelos lingüísticos que tenían gran auge fuera de nuestras fronteras y que se empezaban a desarrollar en España, las clases de Paloma Varela nos ayudaron a afianzar el espíritu crítico y la curiosidad, que son la adecuada caja de herramientas de todo investigador. Con este bagaje, algunos comenzamos la tesis con ella.



Soledad Varela en una de sus clases

Desde el primer momento, Paloma trató de inculcarnos la responsabilidad por el trabajo bien hecho, por el cuidado del contenido y de la forma. Nos animaba a enfrentarnos a los casos difíciles de explicar, en lugar de abandonarlos o esconderlos. Nos recordaba que había que huir de los cantos de sirena, de los trabajos fáciles y vistosos pero lábiles y efímeros. Sus doctorandos recordamos las visitas semanales o bisemanales a su despacho para ver las correcciones de los capítulos de la tesis entregados. Todavía flotan en nuestra mente –y son objeto de muchos de nuestros comentarios– algunas de sus anotaciones al margen: “esto no se entiende”, “rehacer esta frase”, “este párrafo necesita más desarrollo...”.

Podemos decir, con paradójico orgullo, que no nos perdonó ni una sola coma mal utilizada. Antes de la existencia de *La cocina de la escritura* de Daniel Cassany, hacer una tesis con Paloma era pasar por todo un curso de cocina de la escritura académica. Su finalidad era en todo momento la claridad y la precisión. Si algo no toleraba eran las ideas difusas o confusas, o la palabrería hueca. De alguna forma, los que hemos hecho la tesis con ella nos reconocemos por las costumbres redactoras, por el libro de estilo común que instiló en nuestros hábitos. No nos resistimos a poner el nombre de todos los que hicimos la tesis bajo su dirección, porque nos gusta, también a ella, vernos juntos: José Pazó, Teresa Bordón, Conchita Lagunas, Julia Caballero, Josefa Martín García, Jayoung Shin, Lamia Haouet, Sunghye Yang, Elena Felú Arquiola, Antonio Fábregas, Caroline Travalía, Cristina Aranda, María Ángeles Cano, Irene Gil Laforga y Aysa Mondoñedo.

Su actividad formativa no se reducía a la UAM, sino que era un trípode de actividad incesante pero siempre discreta: las clases regulares de la universidad, los cursos de doctorado en el Instituto Universitario Ortega y Gasset y, por último, su dedicación al Español como Lengua Extranjera (ELE). Antes de que ni siquiera existiera el Instituto Cervantes, Paloma, junto con Magdalena Mora y Antonio Ramos, puso en marcha el Centro de Estudios Internacionales de San Juan de la Penitencia en Toledo, que acogía a cientos de estudiantes cada semestre de universidades estadounidenses. También inició, bajo la sociedad del Quinto Centenario, un programa de formación de profesores de ELE que incluía la creación de materiales de enseñanza y la colaboración con la editorial SM para la publicación de esos materiales.



Soledad Varela con algunos discípulos. Residencia de Estudiantes

En la Fundación José Ortega y Gasset, fue la responsable de los cursos de formación de profesores de ELE, por donde han pasado cientos de profesores y estudiantes nativos y extranjeros. De esos años, mencionaremos a los siguientes profesores, colaboradores y colegas, porque estamos seguros de que les gustará ver su nombre en este artículo: Luisa Benito, Noemí Cueto, María Fernández-Shaw, Rosario Gómez Valido, Isabel Piera, Marcelino Marcos, Alicia Mellado, Estrella Nicolás, Mariví Pavón, Antonio Ramos, Susana Táboas....

Este trío de actividades tenía mucho que ver con su concepción de la lengua: por un lado, la morfología, el estudio de las palabras, su enseñanza y la transmisión de ese interés a los jóvenes; después, en ese mismo ámbito de la palabra, la investigación y la relación con otros investigadores y otros países; por último, la lengua como forma de comunicación y de establecimiento de lazos, la visión universal del español.

Las dimensiones de Paloma son muchas: su gusto por el campo castellano, por los paseos en las playas gallegas, por la sobremesa aguda y personal, por la música, por la pintura... Su dimensión familiar con Vico –siempre sonriente y siempre a su discreta vera– y con sus hijos, a los que llevaba dentro y fuera, como una parte más de ella misma, es imposible de olvidar. Paloma abría sus puertas y ventanas intelectuales a sus estudiantes, pero también les abría esas más privadas que tienen que ver con lo que no se ve, sea familiar o espiritual. En definitiva, nos hacía sentir uno más, nunca uno menos.

Su obra escrita, aunque numerosa, tiene vocación de brevedad y claridad: libros de introducción y divulgación de la morfología, aportaciones a la gramática descriptiva de la lengua española, artículos de investigación, aportaciones al español como lengua extranjera... No podemos resumir en estas pocas páginas todos los trabajos que ha escrito y que pueden consultarse fácilmente en cualquier servidor bibliográfico, pero es de justicia comentar brevemente sus aportaciones más

destacadas en la morfología. Desde un estilo claro, preciso y riguroso, supo aunar la morfología estructural con las nuevas corrientes morfológicas que surgían del desarrollo de la Gramática Generativa. El lexicalismo y, dentro de él, la morfología generativa son los ejes centrales de su investigación, de donde surge el tema recurrente en la mayoría de sus trabajos: la relación de la morfología con la sintaxis y con la fonología. Dentro de este marco han encontrado su sitio las nominalizaciones, los compuestos, los prefijos, los participios, los infinitivos.

Su preocupación por la enseñanza y su interés en la divulgación de la morfología convergen en los dos manuales que Paloma ha publicado: *Fundamentos de morfología* (1990, Síntesis) y *Morfología léxica: la formación de palabras* (2005, Gredos). Ambos constituyen un excelente modelo de obras didácticas, que destacan por la claridad y el rigor en las descripciones de los datos y en los argumentos defendidos. Son obras que Paloma escribió pensando en sus estudiantes, a los que quería formar como profesores y como investigadores. Este interés por la formación y la difusión de la morfología la ha llevado también a publicar varios trabajos sobre la enseñanza de la morfología.

Su enseñanza y su modelo de ser trascienden su obra y se funden con ella. De todo ello, nos ha enseñado y nos enseña una pequeña parte, sin darle ninguna importancia, como si la vida fuera cuestión de menudencias. “De iceberg, nada”, insiste en hacernos creer. De peso del saber, tampoco. Y los que hemos tenido la fortuna de estar cerca de ella, de haber sido formados por ella, caminamos unos centímetros más altos con unas alzas invisibles que en algún momento depositó en nuestros zapatos sin que nos diéramos cuenta. Es lo que tienen las personas para las que enseñar a los demás es algo tan natural como dejar que el sol refleje sus últimos rayos en un atardecer de la Tierra de Campos.